

Padre Marcelo Rivas Sánchez

Desde el Evangelio para la caridad

2 Corintios 9, 7 "Dios ama al que da con alegría"

El amor son obras y no buenas razones es el refrán que nos impulsa a centrarnos en el evangelio de nuestro Señor Jesucristo que nos invita a la solidaridad, es decir, a saber que hay un prójimo que necesita de mí y de ti.

En un mundo globalizante es necesario que lleguemos con amor a todos. No puede ser importante aquello y lo otro lo dejemos a la vera del camino. Por eso para una persona que lea el evangelio la solidaridad le saldrá al paso.

Somos muchos que le tenemos miedo a la caridad. Y hablamos de limosnas, ayudas para unos y negación para otros. No solo se trata de ayudas humanitarias. Es que hay que ayudar aunque haya caído en desuso.

El Papa Benedicto XVI nos grita "Dios es amor" pues sabe que en estos tiempos se tiene miedo a la caridad y se le ha devaluado, como si tuvieran complejos de inferioridad y no les gusta llamar las cosas por su nombre. Por eso no hay que olvidar que la caridad es la cumbre del cristiano, es lo más grande.

Cabe insistir que las dos palabras caridad y Evangelio se fundan, porque ya el evangelio es solidaridad, en otra palabra, Jesucristo se hizo carne en el gran amor de la salvación. Esa carne se hizo uno de nosotros para hacerse Buena Noticia, se vuelve Evangelio. Sin dejar a un lado que el Reino de Dios no es algo material, el Reino es una persona, es el Señor Jesús. Ahí estamos todos y todos cabemos.

Esa caridad aplicada en cada persona tiene una lucha entre el bien y el mal. Por eso la necesidad de la vigilancia, de la moralidad y de ese principio del santo temor de Dios. Pues son muchos los que desean hacer el bien y otro grupo que se goza con el mal. De ahí la constante conversión, donde no hay culpables, sino soluciones.

Entonces caemos en la justicia que va muy unida a la caridad. Pues cuando hay justicia llega la paz, por eso es que no se puede construir la paz en el odio o la venganza. Y desde aquí, vamos comprendiendo, esa dimensión inmensa de la caridad que nos abre los ojos como un faro ante el navegante perdido en el mar. Es propicio afirmar, en este punto, que jamás, pero nunca se podrá amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al prójimo a quien sí vemos.

Hacer la caridad no es un mero asistencialismo donde se colocan paños de agua tibia, pero la inflamación de la pobreza crecer como al espuma. Los que critican la caridad, de seguro, nunca han dado medio para ayudar a otros, pero si abren la boca para criticar. Esta caridad tan necesaria para poder ver a Dios en la verdad del día, nos invita a realizarla en el espíritu del amor.

No se trata, entonces, de dar o no dar; de abrir o cerrar la mano ante el que necesita. Es acompañar porque hay mayor alegría en dar que en recibir. Claro hay que hacer actos, mover gente, programar encuentros, buscar los recursos. Pero nunca confundir caridad con apariencias. Somos amantes de Dios que nos organizamos en la fe para servir con amor.

Para mí, como sacerdote, no me parece bien que una comunidad parroquial no viva en la caridad. Es decir, sirviendo y dando el mejor esfuerzo para acompañar

a los pobres. De ahí, que todos los católicos, debiéramos enamorarnos en una sana y efectiva educación en las dimensiones sociales del amor, mostrar que uno no puede encerrarse a vivir su cristianismo de una manera individualista.

Esta caridad aprendida, amada y nunca olvidada. Es, en el fondo, un amor que no cambia, que no desmaya, que no rehúye, por el contrario, crece. Es una caridad que nos empuja a ser, delante del plan de Dios, que frente a la creación seamos administradores, frente a Dios seamos hijos, y frente a al prójimo seamos hermanos. No es posible que en el mundo haya un sentido a dominar, explotar y por eso, caemos en la separación, enfrentamiento, tortura y la eficacia para el mal que para el bien.

Más solidarios, más llenos de amor. Y esto no es simple slogan, modernismo o plataforma mentirosa que busca confundir. Nada de eso. Pues la acción del cristiano se inicia en la oración. Que no es otra cosa que escuchar a Dios. Pues cuando Dios visita al hombre lo hace para traerle sus dones y su palabra. Es la oración necesaria para saber lo que Dios quiere. Ese saber implica que de mucha importancia que lo que salva al hombre no es la multiplicidad de las obras, sino la palabra de Dios escuchada con amor y vivida con fidelidad. Hay que comenzar por la oración su acción en la vida. Y así, esta sea provechosa, y se obra del Espíritu en ese accionar en bien de los hombres.

Por tanto, cada persona que lea y reflexione el Evangelio no puede, por ningún concepto, quedarse con los brazos cruzados delante del que necesita o solicite una ayuda. Ese Evangelio nos interpela e incluso, nos ordena, con enorme autoridad, a ser generosos y desprendidos delante de las necesidades del prójimo que es tan hijo de Dios como cualquiera de nosotros.

No es el próximo.
Sino que el prójimo me señala, siempre,
el buen rumbo hacia Dios.